

Querido P.

Ahora leo mucho. Y, por tanto, pienso poco. Si llevamos la cuestión hasta el límite advertimos que un máximo de lecturas corresponde a un mínimo de pensamiento. A decir verdad, dígase lo que se diga, la lectura nunca es activa. Sencillamente nuestra mente sigue los carriles de los renglones por donde circulan unas ideas ajenas. Tan sólo podemos saltar al arcén, escribir al margen: “bien, bien”, “no es eso”, “fulano dice lo mismo”, etc. El escritor piensa por nosotros. Suspendemos, dejamos en el aire, dentro de un paréntesis, las ideas propias. Claro está, una vez llena la cisterna con la lectura podemos entonces abrir el grifo. Y hablando de llenar depósitos y destapar las cañerías...

El acto es consecuencia de la potencia y la pasividad precede a la actividad. Un extranjero no puede cargar la mochila de todas las frases posibles en otra lengua sin haber robustecido antes las espaldas. Primero llenar, luego vaciar. Me parece un error pretender en el aprendizaje de un idioma forzar a usarlo muy pronto. Así nos azoramos, se traba la lengua, fatigamos en demasía la mente, expuestos al ridículo compasivo. Debemos escuchar, escuchar y escuchar

en silencio. El silencio, no el habla, nos permite “desconectar”. Descansamos. Llegará un día en que el agua hierva, el pollito rompa de pronto el cascarón. Como la diosa Atenea salió armada de la cabeza de Zeus, así las frases en una lengua ajena. Los niños no hacen así cuando aprenden su lengua nativa. Tropiczan cien veces. Pero es que los adultos ya no somos niños. No precisamos chupete ni coscorrón.

Pablo Galindo Arlés

14 de octubre de 2024

Querido P.

A fuer de amigo, me vas a perdonar que te dé un pisotón en el pie y me convierta en historiador de ocasión. Una frase como “Colón *descubrió* América” no es un hecho “objetivo” sino una visión subjetiva. Los indígenas ya se conocían a sí mismos. Decía Machado (aclaremos, el menor) que “no está el mañana/ni el ayer escrito”. La historia es tanto más objetiva – un fin imposible – cuanto reúne más perspectivas diversas. El fallo de la llamada “memoria histórica” es su perspectiva unilateral. ¿Quién puede negar el hecho de que hubo una rebelión contra la república, una guerra civil y una dictadura posterior? Ahora bien, la revolución de Asturias, a pesar de su dura represión, también fue, ¿quién podría no reconocerlo? un levantamiento contra el orden constitucional. La historia también se escribe con silencios.

Una vez me fijé en la vieja cubierta de un libro que decía: “la guerra civil”. ¡Y hablaba de la tercera guerra carlista! Habrá un día en que, lavadas todas las salpicaduras restantes (algunas más familiares) nuestra guerra incivil será solamente materia académica. A los pueblos – ¿no lo dijo quizás Azaña? – conviene no indagar demasiado sobre

sus orígenes remotos. Tal vez, estirando del hilo de Ariadna, no hallemos al minotauro de la mitología sino al agricultor Caín matando al pastor Abel.

